

Blecua, antólogo

José SÁNCHEZ REBORADO *

«Requíerese grande elección, que es don de los primeros, por su singularidad y por su importancia, para escoger cosas buenas y a propósito. Si estas dos cosas se juntan, hacen un trabajo muy plausible, que se logra con felicidad».

(Baltasar Gracián: *Agudeza y arte de ingenio*. Discurso LVIII).

Afirmaba Pessoa, en una de sus tan interesantes prosas inglesas, que todo lo que quedará en el futuro «de varias épocas de nuestra poesía será (...), para cada nación, una colección de poemas como la *Antología Griega* posiblemente, más la concreción de un espíritu general que la suma de numerosos poemas escritos por muchos individuos» (1). Pienso que el poeta portugués no aludía solamente al hecho de que el paso del tiempo va significando una selección para las obras, sino también a que —entre el público aficionado— se va produciendo una convergencia de afinidades y gustos que lleva a la creación de un corpus muy determinado.

Confirmando, en parte, esa afirmación, el éxito y la difusión de las más variadas antologías es una de las características más acusadas de la actual vida literaria.

En la ya larga lista de notables compiladores de antologías, lista que podríamos ejemplificar con los nombres de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Federico de Onís, Gerardo Diego, los editores de *Laurel* y otros, ocupa José Manuel Blecua un primerísimo lugar por su sostenida dedicación a este tipo de obras, por la amplitud de sus conocimientos, por el cuidado de sus textos y por su gusto seguro.

Enumeraremos solamente las más importantes de sus antologías generales, prescindiendo en este momento de todas las que ha dedicado a seleccionar textos de un único autor o a presentar páginas escogidas de una obra determinada.

Las tres primeras que queremos comentar brevemente corresponden a un género —el de las antologías que podríamos denominar temáticas— que no ha

* Catedrático del Instituto «Arzobispo Gelmírez» de Santiago de Compostela.

(1) Pessoa, F.: *Páginas de estética e de teoría e crítica literarias*. Ed. de G. R. Lind y J. de Prado Coelho, Eds. Atica, Lisboa, 1973, 2.ª ed., págs.: 265-66.

tenido entre nosotros demasiados ejemplos, quizás porque responde a un criterio más lúdico, de amadores de la poesía, que propiamente historicista y erudito. Nos referimos a las tres selecciones de poesía sobre pájaros, flores y el mar que Blecua seleccionó y que fueron editadas con el primor característico de Juan Guerrero Ruiz, que buscó para ellas la colaboración de conocidos dibujantes (2). Son obras que, a pesar de ser editadas en los difíciles años de la postguerra (y de ello quedan las huellas, como ahora diremos) demuestran una afición personal a los temas tratados (3), una amplitud de horizontes históricos y un deseo de atraer a nuevos públicos para la poesía. Los prólogos de los tres temas presentan un breve paseo histórico por la poesía que ha tratado aquellos temas, desde las cantigas de amigo galaico-portuguesas que abren el tomo del mar hasta la poesía más reciente.

Esta selección de poetas del XX era la que se presentaba como más conflictiva dada la dureza de la censura en la época. Blecua comienza con Rubén Darío —sin el que no puede entenderse nuestra poesía actual— y en los tres tomos es muy importante la presencia de Unamuno, Machado y Juan Ramón Jiménez. Pero más llamativo es que seleccione poemas de áreas españolas marginales o, al menos, no vinculados a la vida literaria madrileña. Así ocurre que son recogidos poetas catalanes, como Maragall, vascos, como Bastera, o canarios, como Tomás Morales, Alonso Quesada, Saulo Torón, cuya presencia tratándose del mar era casi imprescindible (4), o gallegos, como el casi olvidado Feliciano Rolán (5).

Otra característica común a las tres antologías en cuanto a los poetas seleccionados del siglo XX es la abundante presencia de poetas del 27, incluso de aquéllos, como Cernuda, Salinas o Guillén, que por su fidelidad a la República no eran bien vistos por el Régimen de entonces. Y así recoge tan hermosos poemas como «Violetas» de Cernuda, «Orilla» de Salinas o «Los aires» de Guillén por citar uno solo de cada tomo.

La gran ausencia es la de Rafael Alberti, de quien *El alba del alhelí* ofrece tantos poemas de pájaros y flores, pero cuya presencia era inexcusable en el tomo dedicado al mar, cantado con tanta nostalgia por el gaditano. No hace falta decir que esa ausencia no era imputable a Blecua (ya que para entonces la censura prohibía incluso el citar el nombre de Alberti), pero aquél intenta paliar la injusticia no imputable mencionando al autor de *Marinero en tierra* en el prólogo al último de los tomos (el del mar, publicado, recuérdese, en 1945) recordándonos, en un guiño al lector que no ha visto reproducido ninguno de los

(2) Sus títulos y años de publicación son: *Los pájaros en la poesía española* (1943). *Las flores en la poesía española* (1944). *El mar en la poesía española* (1945). El sello editorial era: Editorial Hispánica.

(3) En una reciente entrevista afirmaba Blecua: «todas las flores me gustan muchísimo, desde la más bella rosa a la más humilde del tomillo, por ejemplo, o la amapola en un campo de trigo. Y todos los pájaros volando y todos los árboles, aunque los chopos y los álamos me gustan muchísimo». Entrevista con Carmen Riera, en *Quimera*, Dic. 1982, n.º 26, pág. 30.

(4) Hablando del sentido del mar de Saulo Torón dicen Artilles y Quintana: «No es el mar épico y mitológico de la *Oda al Atlántico* de Tomás Morales ni el mar-puerto de sus sonetos marineros. Tampoco es el mar-obstáculo de Alonso Quesada, aislante y angustioso (...). El mar de Saulo es, esencialmente, un mar lírico y manso...». Artilles, J. y Quintana, Ignacio: *Historia de la literatura canaria*, Las Palmas, 1978, pág. 206.

(5) Feliciano Rolán nació en Vigo en 1907 y murió en La Guardia en 1935. En vida sólo publicó dos libros: *Huellas* (edit. Nos. Santiago 1932) y *De mar a mar* (Aguirre impresor, Madrid, 1934). Sus *Obras poéticas* fueron editadas por la editorial Castrelos de Vigo en 1970, con una introducción de Carballo Calero.

poemas en el contenido del volumen, que «el primer libro de Alberti, *Marinero en tierra*, está lleno de cancioncillas, entroncadas con nuestra mejor tradición». Nada más, pero el recuerdo obligado ha quedado ahí.

En el mismo tomo del mar tampoco recoge ningún poema de Altolaguirre; recuerdo ahora, como muy hermoso sobre el tema, el titulado «Playa» de *Las islas invitadas*. Pero debe reconocerse que los tiempos no eran buenos para la poesía y José Manuel Blecua mantiene su independencia y su reconocido buen gusto seleccionando de los poetas que podríamos denominar oficiales, ni un gran número de poemas, ni tampoco ninguno que ofreciera una visión retórica del imperio, al que podría ser propicio el tema del mar.

En estas tempranas antologías, se producen ya características esenciales de la futura labor de Blecua en este terreno. Sobre todo una que juzgo esencial, la mezcla de una particular afición que hace de cada libro una labor personal y el trabajo previo de erudición y ordenación de material.

Alfonso Reyes, que tan variados saberes exhibió, afirmaba que existían dos tipos de antologías:

Las hay en que domina el gusto personal del coleccionista, y las hay en que domina el criterio histórico, objetivo (...). Las antologías —prácticamente tan antiguas como la poesía— tienden, pues, a correr por dos cauces principales: el científico o histórico, y el de la libre afición. Estos últimos, en su capricho, pueden alcanzar casi la temperatura de una creación (...) (6).

En realidad, Alfonso Reyes viene a recordarnos algo que la crítica nos ha ido recordando cada vez con más ahínco, y que a la vez tiene una conocida expresión (de Baudelaire a Borges, por ejemplo) en la literatura de creación. Nos referimos a la idea de que una obra literaria es por sí sola algo incompleto y que no alcanza plena vigencia hasta que es recreada por el lector. Y esa creación que el lector cumple depende de factores muy dispares. Por ello, como afirma Blecua, «todo lector se siente antólogo apasionado y tiene sus amores» (7). Y esa selección —en lo que tiene de afirmación del propio gusto y de la expresión de resonancias afectivas que en cada uno despiertan los textos— es, en gran medida, una creación estética.

Pero, además de ese criterio estético, el recopilador responde también a unos criterios objetivos, dictados por los distintos avatares producidos por la obra en su recepción por los sucesivos lectores. Y el lector no puede sustraerse a ellos. La historia ha hecho su propia selección y aunque, a veces, no compar-tamos la admiración de épocas pasadas por determinados autores o tipos de poemas, esa misma admiración es un dato que debe tenerse en cuenta. Por todo ello José Manuel Blecua afirma que, además del criterio estético, ha presidido la elaboración de sus antologías: «un criterio de historiador, tan legítimo como otro cualquiera que se cumple hondamente, sinceramente» (Prólogo a *Floresta...* pág. 11).

Quizás ese criterio histórico se muestra más claramente en las dos antologías que Blecua ha consagrado a determinadas épocas de la historia lite-

(6) Reyes, Alfonso: «Teoría de la antología» en *La experiencia literaria*, Buenos Aires, Edit. Losada, 1952, 2.ª ed., pág. 113.

(7) Blecua, J. M.: *Floresta de lírica española*, edit. Gredos, Madrid, 1968, 2.ª ed. corregida y aumentada, pág. 10.

raria española. Las dos aparecen muy alejadas entre sí por las fechas de elaboración y habría que decir también por los medios tipográficos puestos a disposición de una y otra.

Nos referimos a la antología de la *poesía romántica* publicada en la benemérita colección Ebro que, dirigida por el mismo Blecua, tan importante papel jugó en una época de escasos medios didácticos al servicio de la literatura y que inauguró una fórmula seguida por otras colecciones. Y a la recientemente publicada: *Poesía de la Edad de Oro*, de la que ha aparecido en el momento de redactar estas líneas solamente el tomo I dedicado al Renacimiento (8).

Nos llevaría muy lejos extendernos en el análisis de una y otra, pero si quisiéramos referirnos brevemente a algunas de sus más llamativas características.

En cuanto a la primera —y a pesar de su carácter de colección destinada a las necesidades de la enseñanza— querría señalar la preferencia que el autor demuestra —dentro de un siglo que tanto abundó en lo retórico y lo narrativo— por lo fundamentalmente lírico. Así se puede ver cómo concede una gran importancia a Bécquer y a Rosalía (en este segundo caso en acusado contraste con otras afamadas selecciones), pero también a poetas no tan recordados como José Somoza, entre los prerrománticos, o más adelante a Nicomedes Pastor Díaz, a Enrique Gil y Carrasco o a Eulogio Florentino Sanz.

Existe una objetividad en el juicio, pero acompañada de una cierta valentía para apartarse de lo tópico (9). Personalidad, pero respeto a los valores históricos; esa es la norma de la mayor parte de las antologías de Blecua, quien podría hacer suyas las palabras de André Gide que nos recuerda Guillermo de Torre: «André Gide escribía que, al preparar una antología aún no publicada de la poesía francesa desde Rutebeuf hasta Apollinaire, se guardaba muy bien de hacer prevalecer su "gusto personal", aunque no dejaría de favorecer sus preferencias» (10).

Y es significativo que, salvo en tres autores cada uno (11), la selección que hace Blecua de los poetas románticos sea coincidente en el nombre —y en numerosas ocasiones en los poemas seleccionados— con la de un poeta tan poco sospechoso de erudición como Manuel Altolaguirre.

En cuanto a la recientemente publicada antología del Renacimiento es de señalar, en primer lugar, algo que puede afirmarse de sus otras selecciones: la escasez de anotaciones, introducciones biográficas o bibliográficas —salvo en los casos verdaderamente imprescindibles— y la concisión del estudio preliminar. Aspecto éste más de destacarse en una colección tan cuidadosa, en general, del aspecto informativo y erudito. Pero parece como si Blecua nos quisiese hacer notar aquí que hay que volver a privilegiar el texto, que lo fundamental

(8) Blecua, J. M.: *Poesía romántica (antología)*. Edit. Ebro, Zaragoza, s. a.

Blecua, J. M. ed. *Poesía de la edad de Oro. I. Renacimiento*. Madrid, Edit. Castalia, 1982.

(9) «(...) en algunos casos hemos creído más conveniente huir del tópico hecho norma». *Poesía romántica*. ed. cit., pág. 18.

(10) Torre, Guillermo de: «El pleito de las antologías» en *Triptico del sacrificio*, Edit. Losada, Buenos Aires, 1948, pág. 124.

(11) Altolaguirre, Manuel: *Antología de la poesía romántica española*. Madrid, Espasa-Calpe, 1933. Aparecen en Blecua, pero no en Altolaguirre: N. A. Cienfuegos, Alberto Lista y G. Gómez de Avellaneda. Mientras que se incluyen en Altolaguirre y no en Blecua: Arjona, J. B. Arriaza y J. M. Bartrina.

—ante la oleada de extrema erudición que a veces oculta las obras— es volver al disfrute de la palabra original del poeta. Los textos se presentan casi desnudos a la consideración del lector, con las notas imprescindibles, como indicándonos Blecua desde la cumbre de su madurez que lo verdaderamente importante no es realizar teorías más o menos científicas, sino que lo esencial es el disfrute de la literatura. Responde todo ello a una actitud humanística bien visible en el conjunto de su labor (12).

Junto a ella, resalta en esta última antología —como culminación de anteriores trabajos— el cuidado que se ha tomado Blecua en acudir siempre a las primeras ediciones, a los manuscritos más fiables, a las ediciones modernas más rigurosas (de las que él mismo nos ha dado magníficos ejemplos que están en la mente de todos).

Seguramente sus dos antologías más difundidas son las que publicó en la colección *Antología Hispánica* de la editorial Gredos: *Antología de la poesía española. Lírica de tipo tradicional*, y la *Floresta de lírica española* (13).

Un hecho queda claro en el prólogo que precede a la primera y es el del inteligente discipulazgo, el de la continuación en una rica tradición filológica que inicia Menéndez Pidal. Así en su estudio de la cancioncilla tradicional castellana, al señalar su entronque con las jarchas y las cantigas de amigo, Blecua no deja de rendir homenaje a don Ramón, igual que al referirse a las serranillas. Del mismo modo, no deja tampoco de señalar cuánto se debe, en el estudio de la métrica tradicional, a los estudios de Pedro Henríquez Ureña (14).

Pero otra herencia recogía Blecua al realizar esta antología y era la del popularismo de la llamada generación del 27, que ya tenía sus claros antecedentes en Bécquer, los Machado, Juan Ramón Jiménez y Moreno Villa, pero que en tres miembros destacados de aquel extraordinario grupo se hizo consciente recreación. Recuérdese que esa canción tradicional no sólo estaba viva en sus obras, sino también —como recuerdan Alberti y Moreno Villa en sus conocidas autobiografías— en la vida diaria de la Residencia de Estudiantes. Dámaso Alonso, que puso en manos de algunos de estos poetas las canciones de Gil Vicente o de Lope, fue, en gran parte, uno de los responsables de este auge entre los creadores de la poesía tradicional. Blecua, que colabora con él en esta antología, aúna, pues, estas tres corrientes: la erudita procedente de Menéndez Pidal, H. Ureña y el propio Dámaso Alonso, la neopopularista de la generación del 27 y, por último, la propia afición a recoger cantos populares en cancioneros y recopilaciones de poesía, aspecto éste tan decisivo en su propia labor de editor.

La *Floresta de lírica española* ha sido un útil indispensable de trabajo para los profesores de Instituto. Allí hemos tenido el texto seguro, la acertada selección y el amplio panorama de nuestra poesía. Yo creo que dos actitudes prevalecen en esa antología:

(12) Permitásenos citar aquí unas atinadas palabras de E. M. Gombrich: «Lo que, ante todo, debe ser el historiador de la cultura es un humanista, no un científico. Necesita, antes que nada, ser capaz de facilitar a sus lectores o a sus alumnos un amplio acceso a las creaciones de otros cerebros». *Tras la historia de la cultura*, Ariel, Barcelona, 1977, pág. 68.

(13) Cito por las segundas ediciones corregidas: *Antología de la poesía española. Lírica de tipo tradicional*, Madrid, Gredos, 1964. *Floresta de lírica española*, 2 tomos. Madrid, Gredos, 1968.

(14) Sus trabajos pueden ahora consultarse reunidos en Henríquez Ureña, Pedro: *Estudios de versificación española*, Universidad de Buenos Aires, 1961.

1. El deseo de ofrecer una perspectiva total del conjunto de la poesía española, recogiendo no sólo los momentos culminantes sino también aquéllos que, sin serlo tanto, ofrecen un elemento de comparación y son testimonio de una época. Como dice el propio Blecua en el prólogo: «creo que la montaña exige el valle. Las cimas sólo pueden serlo en relación con otras más pequeñas» (Pr., pág. 10). Por ello, el lector encontrará en esta selección autores que no suelen ser incluidos en otras antologías más generales; pienso, por ejemplo, en recopilaciones tan acertadas como la de poetas de la 1.ª mitad del s. xv (Villasandino, Rodríguez del Padrón, Carvajales) o los representados en el *Cancionero General* de 1511. Llamativo es también el cúmulo de poetas del Siglo de Oro que aparecen escogidos y que ofrecen una idea exacta de la riqueza poética de la época: el lector curioso se lleva gratas sorpresas como al leer el precioso «villancico» de Pedro de Padilla o el poema «en alabanza de la rosa...» de Juan de Salinas. En muchos casos se ha elegido antes el poema que el nombre, dando así entrada a composiciones anónimas o irregularmente atribuidas.

2. Otro aspecto que convendría destacar es una actitud que llamaríamos *integradora* y que se manifiesta en numerosos indicios. En primer lugar, el concepto de la poesía española es lo suficientemente amplio para incluir a los grandes poetas catalanes, desde Ausias March hasta Carlos Riba, y a los gallegos, desde los autores de las cantigas de amigo hasta Ramón Cabanillas. En segundo lugar (y ello afecta sobre todo a poetas de los últimos siglos) recuperando muchos poetas que por su situación histórica, situados a caballo entre generaciones o grupos importantes, han sido tradicionalmente relegados al olvido. En este sentido quiero elogiar a Blecua por haber incluido poetas tales como Diez-Canedo, Fernando Villalón, Moreno Villa, Mauricio Bacarisse o Romero y Murube. En tercer lugar, ese afán integrador se manifiesta en la prontitud con que son recogidos en la *Floresta* poemas publicados en el exilio por los poetas del 27 y que son recogidos de las ediciones originales, casi siempre publicadas en Méjico o Buenos Aires.

La edición que yo manejo acaba su selección con Miguel Hernández y José Luis Hidalgo. José Manuel Blecua se justifica diciendo que «la historia exige un poco de reposo» (pról. pág. 11), aunque este riesgo podría correrlo, ya que al principio del mismo prólogo afirmaba su derecho al arrepentimiento y al cambio de gusto.

Quisiera acabar este artículo, ya demasiado largo pero que, a pesar de ello, se deja muchos datos en el tintero, resumiendo algo que se desprende de todo lo anterior: la actitud ética de honradez y el ejemplo de la obra bien hecha.

Permitáseme acabar con unas palabras del propio Blecua que pueden servir de confirmación de esa manera de proceder:

Una de las predicaciones más eficaces consistirá precisamente en demostrar cómo los más grandes poetas españoles que no publicaron sus obras se dedicaron con infinito amor e infinito rigor a pulir y limar sus versos, aun sabiendo que esos versos quizás iban a quedar inéditos. Lo que es también una de las grandes lecciones de ética que podemos deducir de la transmisión de la obra de estos ingenios de la Edad de Oro (15).

A esa transmisión ha contribuido con el mismo infinito amor y rigor, en una lección de ética, José Manuel Blecua.

(15) Blecua, José M.: *Sobre poesía de la Edad de Oro. (Ensayos y notas eruditas)*. Edit. Gredos, Madrid, 1970, pág. 43.

**Estudios sobre
literatura me-
dieval.-**

